

GALERIA MEDIEVO DE HONDARRIBIA
DE COLORES YA NO SE VISTEN LOS CAMPOS

“Yo antes era muy colorista”, dice Juan Ayesta, y muy pocos lo creerían a la vista de sus cuadros, colgados durante el primer trimestre del año en las paredes de la galería Medivo, en Hondarribia. Ocres, marrones, tierras y negros se combinan para dar una lograda sensación de suciedad. Es difícil creerlo, sí. Uno se fija en su nariz por si le crece, como a Picocho. Pero no. En alguno de los cuadros aparece, es cierto, una pincelada de azul o de amarillo, recordatorio de ese colorismo pasado. Él mantiene una sonrisa casi permanente y con ello demuestra que no es del todo cierto que la cara del cuadro es el espejo del alma del pintor. “Se puede decir que estos cuadros son un poco tétricos, pero no ha sido esa mi intención; solo me interesa tomar materiales y desarrollarlos plásticamente”, remacha.

Ayesta nació en Beasain, hace 31 años, y a los 17 ya comenzó a ver premiados sus trabajos en certámenes locales y provinciales. Entre esto y varias exposiciones individuales y colectivas, aquí y allá, se hizo un currículum que le valió merecer una beca de Bellas Artes del Gobierno Vasco con la que se fue un par de años a Florencia y Milán. “De Italia recuerdo un par de cosas: que ví mucho arte y que no pude pintar”. La estancia en Florencia, en especial, fue poco propicia para la creación. Ayesta disponía de una pequeña habitación compartida donde guardaba cuadros y botes debajo de la cama. “Cuando quería pintar, lo hacía en el suelo, de rodillas, entre las dos camas. Así no había forma”.

El segundo año, en la industriosa ciudad de Milán, las cosas fueron un poco mejor para el pintor: disponía de más sitio y pudo realizar unos grandes dibujos sobre papel de embalar que luego trajo doblados en la maleta. Esos dibujos, con trazos de colores vivos aún, fueron el trabajo que expuso en 1985 en la galería Gaspar de Rentería. Los colgó tal cual, sin marcos y con las marcas de las dobleces. Fue la última exposición individual realizada hasta el presente.

El parón

Una vez regresado de Italia, quiso volcar en las telas la información estética prendida en las retinas y las ideas que le correteaban por el cerebro. Tanteó técnicas, probó texturas y materiales...Sin embargo, Juan Ayesta se dio cuenta, pasado un tiempo, que tenía trabajos, pero no una obra con consistencia y ello le hizo sentirse inseguro e indeciso. Por otro lado, el ingeniero técnico Ayesta se iniciaba profesionalmente en el diseño industrial, al que tenía que dedicarle muchas energías. Todo junto, indecisión pictórica y asentamiento profesional, le llevaron a pensar que un sueño juvenil se había terminado. Al menos por el momento. “Pero en 1988 empezó a salir algo, un trabajo muy basado en los materiales, que tienen su propia vida”, comenta.

Los paseos por el campo, en el entorno del caserío en el que tiene su estudio, le hacían encontrarse huesos y palos que luego pegaba sobre la tela o la madera. “Mi interés estaba en desarrollar la plástica de esos elementos”, cuenta. El alquitrán y la pintura de los pasos de cebra se hacían un sitio privilegiado en su paleta – es decir, junto a las pinturas normales. Y el hábito hace al monje, porque fueron estos materiales que le interesaban únicamente como tales los que le dictaron los temas de sus cuadros: “Me hicieron fijarme en las márgenes sucias, con cosas pegadas, de nuestros ríos o en los desagües. Pero, para mí, los temas son anecdóticos, yo no quiero denuncia nada a través de mis cuadros. Luego, si una persona ve una denuncia, es el resultado de su actitud frente al cuadro”.

De este modo, surgieron el burro putrefacto de *El último rebuzno*, la porquería escupida por *El desagüe*, el cielo negro de una tormenta, el paraje desolador de un cementerio de animales o las aguas revueltas del enorme cuadro horizontal que muestra una riada, siempre entre lo abstracto y lo concreto. Con todo, fruto de esa pelea de tú a tú con los soportes de gran formato –“de tamaño humano”-, en lo que todo vale, no convencía a su autor. “Lo veía demasiado distinto a lo que yo hacía antes”, asegura. Así que tuvo que ser necesariamente la intervención del galerista para que este trabajo de años abandonase el caserío y se expusiera al público. Y Ayesta confiesa que la experiencia le ha dado confianza y ganas de ir a por más. “Sin prisas, yo no vivo de esto; pero tengo claro que debo dedicar más tiempo a pintar”.
